

Dos de los viajeros, pretendiendo informar al inglés (que no les escuchaba) hablaban sin cesar del siglo XVIII, de las campañas de Federico, de sus escritos, de sus relaciones con Voltaire... y cuando ya casi terminábamos de subir la escalera monumental de piedra, conducente a la terraza, nos preguntó, con flema británica y una ligera inquietud ante la posibilidad de que quebrantáramos el horario de visitas: «¿No estará ahora el rey en sus habitaciones...?» En este caso enseñó la experiencia, pero no nuestras disertaciones.

Por entonces, aproximadamente, atestiguo otro suceso la maravillosa celeridad del aprendizaje de ciertos viajeros. Un compatriota, estudiante de derecho penal, llevaba poco más de quince días en Alemania cuando vino a casa a despedirse, y por si quería darle algún encargo para mi familia. Sorprendido del inesperado retorno, al cabo de tan corta estancia, y alarmado, le pregunté si alguna desgracia le obligaba a dejarnos: «nada de eso —respondió— es que he terminado mis tareas: me llevo los métodos».

Al descender de la alta Franconia a la arenosa marca de Brandemburgo me detuve en unas cuantas ciudades, y quedé enamorado de Dresde. En Berlín entraría con buen pie; vi en los prusianos buenísimos sujetos y excelentes amigos, tan fieles algunos que hoy continúan siéndolo. Los temores de mi Wirtin eran infundados. No habrá de enterarse, ni me creará ingrato, si encuentro en los prusianos, sin establecer comparaciones, bellísimas prendas; a lo sumo, me parecen más flexibles y más abiertos los renanos y los badenses.

La universidad en Unter den Linden, sobre lo que pudo haber sido —según me dijeron— Forum Fridericianum, instalada desde 1810 en el palacio construido por el arquitecto Boumann para ser vivienda del príncipe Enrique, hermano del citado rey de Prusia, me impresionaría sobremanera; me asaltaba el recuerdo de las eminencias que enseñaron allí, y contemplé con fervor las estatuas de los Humboldt, Mommsen y Helmholtz, a la sombra de los castaños.

Al recordar, a distancia de 58 años, la primera lección de Adolfo Wagner, la primera a la que asistí, me estremezco: tenía Wagner seis años menos que Regino hoy; avanzó claudicante hacia el sillón, dejó caer al sentarse, con alivio, la gravedad de su cuerpo descarnado, desenrolló unos pliegos, puso sus ojos sobre el numeroso auditorio, tras los cristales de sus gafas, con mirada cansada, y comenzó a dirigirnos su voz opaca. Mal podían pronunciar sus labios carentes de brío y de dentadura. De lo que nos decía sólo muy pocos trozos logré descifrar, cuando por lo general ya entendía casi todo lo que escuchaba. Entonces le afligía a Regino no poder seguir con provecho las lecciones del autor del *Tratado de hacienda pública* que había leído varias veces, elaborado teniendo a la vista, con ánimo de superarlo, el *Manual* de Rau, y consiguiéndolo de tal manera que conquistó Wagner autoridad no superada. A Regino hoy, con dieciséis lustros corridos sobre sus espaldas, lo que le estremece es pensar en lo que estarán observando quienes me escuchan.

Atribuyo ahora, después de rebasar la edad de Wagner, atribuyo el enojo de su rostro y la aspereza de su voz fatigada a que, probablemente, le habrían dicho aquel día, al salir de casa, camino de la universidad, lo que con la mejor intención la buena gente nos repite: «Los años no pasan por usted, sigue usted siempre joven». Plácemes que, alguna vez, fustigan como un látigo.

Al terminar Wagner su lección no pude librarme de temer que los setenta y tres años de Schmoller me produjeran idéntica tristeza; temor inmediata y felizmente desechado.

No representaba Schmoller más edad que Brentano: creo que ni siquiera tanta. Con temple sereno, más frío que su ardiente colega, lucía una vivacidad comparable. De igual estatura y menos corpulencia, conservaban agilidad su cuerpo, su paso y sus gestos y, sin ser orador, hablaba con locución muy expresiva de Suabia: las *ü* sonaban como *i* en su voz aguda. El rostro, con barba más recortada, en punta, conservaba la piel tersa y sonrosada, los ojos azules incisivos, y no era raro verle sonreír con picardía. Un detalle de su actitud y de su indumentaria retiene mi memoria: hablaba de pie y dando algunos pasos, y al meter la mano en el bolsillo del pantalón, retirando el ala del chaquet o chaqueta, brillaba sobre el chaleco una gruesa cadena de oro; por último — esto lo hubiera aprobado Goethe— nunca le vi usar gafas.

Las lecciones de Schmoller eran brillantes y sugestivas. Dotado de gran facundia desplegaba, ante los oyentes, el cuadro de sus riquísimas representaciones de la realidad, las pasadas y las presentes, tal y como las aprehendieran su sensibilidad y sus intuiciones, dando fuerza a sus enseñanzas aquellas *anschauliche Vorstellungen*; utilizaba con predilección lo empírico como materia y base del trabajo intelectual; sometía sus observaciones y experiencias, muy nutridas, a minucioso análisis. Sin duda este método, más o menos psicológico, ponía sus afanes en no simplificar la complejidad de los fenómenos económicos y sociales, para evitar sorpresas y desengaños a futuros investigadores de este campo de relaciones múltiples, no siempre calculables, como todas las concernientes a las ciencias humanas. Sobre factores antropológicos, psíquicos, éticos y sociológicos había elaborado un nuevo cuerpo de doctrina, durante su larga vida, este gran maestro, laborioso e incansable. Siempre —y aquí estaría el fallo, a juicio de sus detractores, llamados a prevalecer—, siempre con notorio desvío ante cualquier clase de construcción teórica pura. El tratado que Schmoller titularía *Grundriss* de economía política —aparecido al rayar el siglo— hizo llegar su fama a todos los confines del mundo académico. Este libro —que alguien ha comparado por su universalidad a la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith— es la cosecha de toda una vida y pone término a una época que periclitaba. Es un libro epocal, nutrido de saber, espejo de la personalidad de quien, después de quedar pronto superado, lega en sus páginas observaciones perennes, no recogidas con anterioridad dentro de ningún sistema y que son patrimonio, también, de muchos estudiosos ignorantes de su existencia o desdeñosos de su obra.

Comienza a trabajar muy joven como funcionario de estadística, en Würtemberg, su tierra natal; de ella emigra seducido por Prusia; pasa a la vida académica como profesor extraordinario de Halle (1864) a los veintiséis años; asciende inmediatamente, cuando ya sentía fervor por los problemas del mundo obrero y, simultáneamente, por la historia de las instituciones y de la economía de Prusia, bajo el reinado de Federico Guillermo I. Un libro suyo inicial (1870) *Geschichte des deutschen Kleingewerbes in 19 Jahrhundert*, abriría una polémica (Oppenheim-Brentano-Schmoller) de inmensa trascendencia puesto que engendraría las reuniones de Eisenach (1872), que antes he citado, y el *Verein für Sozialpolitik*, en el otoño de aquel año. Los congresos anuales reunirían a un gran sector de profesores y sus publicaciones habrían de ser, durante cerca de medio siglo, promotoras del desarrollo de la política social en Alemania; y

el carácter de esta política habría de bautizar la corriente doctrinal denominada *Kathedersozialismus*. Un socialismo, si lo fuera, previsor y paternalista, frente a las asperezas y los riesgos del capitalismo que, a juicio de estos catedráticos, no serían consustanciales, ni inevitables. Schmoller fue, a partir de entonces, el alma del *Verein* y su segundo presidente, puesto que le precede Erwin Nasse.

La orientación política del *Verein*, sus denuncias de peligros del régimen económico imperante, las aspiraciones de su programa, sus mismos triunfos, acaso, encontraron contradictores dentro de la universidad y alentaron más de una polémica. Resonaría, con otras, la voz de Treitschke, su contendiente. El caso, curioso, es una muestra de la intervención apasionada del mundo académico en los afanes civiles de cada día. Diversas tendencias, contrapuestas, no desmentían, sin embargo, la solidaridad de los afanes. Los frutos del *Verein*, sus debates y publicaciones, que tantas cosas aclaran, registradas están, pienso que también en vuestra memoria, y quedan más allá de mis objetivos actuales. Anoto, en cambio, un par de datos referentes al carácter de los trabajos de Schmoller en Estrasburgo, su segunda sede. Se le atribuye el ingreso en aquella universidad de J. F. Knapp (1874) que con W. Lexis elevaría el nivel de las tareas alsacianas, antes de la recepción (1882) allí de Brentano. Entonces cultivaba Schmoller la historia local, en especial la medieval y la vida de los gremios de tejedores, sobre documentos inéditos; colaboró asiduamente en los *Preussische Jahrbücher*, antes de asumir la responsabilidad del *Anuario* que quedaría atribuido a su nombre.

Este camino le condujo a Berlín (1882). Allí llevaba enseñando e investigando casi treinta años cuando lo encuentra Regino; allí replica, sin gana, a una acometida de K. Menger, sobre metodología y ello promueve una polémica larguísima que dejaría sin alteración las posiciones de los contendientes. Sobre este pleito se ha escrito demasiado. En Berlín, la sede más propicia para la culminación de Schmoller, realizaría con brillantez sus tareas. Enamorado desde su juventud del Estado prusiano, penetra en su seno y logra averiguaciones perdurables como el descubrimiento de la génesis de la política mercantilista y el alcance de sus postulados. Este hallazgo hace que sean imprescindibles páginas de sus *Umriss und Untersuchungen*; y si esto fuera poco bastará invocar la publicación de los *Acta borusica*, colección de estudios históricos que Schmoller concibe y encomienda a prestigiosos colaboradores.

De mi aproximación a él guardo vivo el recuerdo de las primeras sesiones de trabajo en su seminario de la Dorotheenstrasse donde Regino no hacía otra cosa que ver, oír y callar. Allí me llevaron dos asistentes suyos, A. Spiethoff y Felix Somary, investigadores bien conocidos en distintos campos. Schmoller lucía su calidad al frente de su equipo: sugería, objetaba, ponía en claro las cosas, o subrayaba lo que aún estaba turbio; cómo acentuaba sus puntos de vista, personalísimos, con su vocécita algo chillona, exclamando: «¡Ah! freilich... el colega aguza, pule, perfila, afina con tal rigor sus conceptos que pudiera dejar el cuchillo sin hoja».

Tuve el propósito de acudir a Estrasburgo, al finalizar uno de los semestres, pero me quedé con las ganas; pretendía conocer personalmente a J. F. Knapp. Me deleitaba la lectura de obras suyas recomendadas por Brentano. Unas ponen en claro vicisitudes trascendentales de la vida de los campesinos prusianos en el siglo XIX, y analizan la trama de la propiedad territorial; la lectura de otra, posterior (1905) —su teoría del